

A PROPOSITO DE GERMANI SOBRE LA DEMOCRACIA

Por Carlos Strasser

El trabajo de Germani que antecede a estas líneas tiene, entre otros, el atractivo de ser una pieza hoy algo rara entre nosotros. Tal vez porque hace ya unos cuantos años él se ha reinstalado en centros y países de alto desarrollo y no lo apremian los datos del contexto más cotidiano de América Latina, supo dirigir su indagación a unas honduras que la inmediatez y la urgencia suelen dejar escapar a la mayoría de los latinoamericanos: las honduras de la universidad y esencialidad de ciertos problemas.

Sin embargo, el trabajo no se opone, necesariamente, a los otros que más habitualmente leemos por estas regiones, y bien puede ser entendido como complementario y aún enmarcante de ellos, aunque, quien sabe, Germani mismo y otros discrepen con esto, lo que no me consta. Como sea, creo que puede ser discutido y criticado, porque la complementariedad a que aludo es más que nada, o ante todo, de planos, y hay que ver cuánta compaginación es posible con lo demás que se sabe o cree saberse sobre la condición política y social específica de nuestros países.

De cualquier manera, está fuera de toda duda que ésta de Germani es una reflexión informada, aguda y comprehensiva; lo más común en un maestro, ese espécimen poco común. Por mi parte, tengo muchos y sustanciales acuerdos con ella (y, modestamente, unos pocos desacuerdos) Quizá por eso no me pondré aquí tanto una crítica como un comentario.

I

Tal parece que hay demasiados actores e intereses y expectativas y demasiadas demandas y conflictos y posibilidades de conflicto en la sociedad del último cuarto del siglo XX.

Demasiada gente, demasiados medios, demasiadas instituciones, demasiados niveles, demasiados clivajes, en fin, demasiado de todo lo que puede hacer (como se dice ahora) ingobernable una democracia, e instaurable. El mundo, la sociedad, se ha puesto, parece, casi inmanejable compleja. Vivimos en una inundación y encima hay muchas y muy variadas urgencias: ello es difícilmente compatible con un orden democrático*. Se presta más fácilmente a otros fenómenos de poder. (Pero se podría acotar que precisamente eso hace también muy difícil el mantenimiento largo, al menos, de cualesquiera regímenes de fuerza. Algunos de esos datos, para mejor, son de la esencia, se diría, del buen funcionamiento de un sistema democrático qua democrático, sino tanto qua "eficiente", lo que es otra cuestión aunque para muchos -tal vez de hecho- la cuestión.

Para peor, no habría consensos básicos, ni Gemeinschaft, ni valores quietos; al contrario, lo típico del cuadro contemporáneo es que está pintado en tela de juicio. En la materia, todo muda y todo es mudable o así se lo entiende. Además, "sálvese quien pueda y cada uno por su lado" es la moral establecida de acuerdo, nótese, con la evolución de todo el proceso, no por mala casualidad. Nuestra sociedad del siglo del siglo XX es "naturalmente" centrífuga. Por eso es que caería en un verdadero caos si no hubiese el Estado, que le sobreimpone la cohesión necesaria y la mantiene estructurada (como quiera que lo haga: no entremos aquí al tema), cada vez más, por lo visto antes, de modos no democráticos. Un largo proceso de siglos ha formado y forma así a la sociedad y a los individuos creando sus condiciones de posibilidad a lo político.

Suponiendo que los dos párrafos anteriores aluden suficientemente (no pretendo resumirlo; y léase, que vale la pena) a los contenidos principales del escrito de Germani, restaría decir que su mayor énfasis está puesto, creo, en lo básico y originador de aquello a que atiende el segundo. Es a su respecto que brevemente haré ahora el primero de mis apuntes sobre el tema.

II

Por supuesto que, si se hace la comparación con otras épocas de la historia, la sociedad actual no presenta tantos núcleos básicos de creencias generalizadas e inmunes, se diría, a la crítica, la duda, el rechazo; y que, más bien por el contrario, la atmósfera ideológica del hombre actual está empapada de relativismo y una "desorientación inducida por el pluralismo" que le ha seguido.

Esto, como bien señala Germani, está muy cerca del centro de las dificultades que puede tener un sistema democrático de ordenamiento y gobierno de la sociedad, tanto más si resulta en y se combina con las características de nuestra sociedad ya mencionadas por otro lado. Según lo marcó hace tiempo de Tocqueville: "Es fácil de ver que no hay sociedad que pueda prosperar sin creencias semejantes, o más aún, que no hay ninguna que pueda subsistir sino de ese modo; porque sin ideas comunes no hay acción común y, sin acción común puede haber todavía hombres pero no un cuerpo social. Para

*Orden democrático, Sistema democrático, democracia, se entenderán a todo lo largo de estas líneas como categoría específica y solamente política, en la tradición clásica. Se ruega al lector no olvidar esta nota.

que haya sociedad y, con mayor razón, para que esta sociedad prospere, hace entonces falta que el espíritu de todos se reúna siempre y se mantenga unido por algunas ideas principales..."

Pero si no en error (aunque algo discutible, como se verá más adelante), lo de Germani peca un poco por unilateralismo y desequilibrio. Quiero decir, el cuadro es más complejo, tal vez principalmente el Estado quien compensa o neutraliza el fenómeno señalado. Siguiendo a de Tocqueville en el mismo lugar, quizá pueda comprenderse mejor así. Porque seguía diciendo nuestro francés en La Democracia en América que ese hecho, o prerrequisito, "no podría ser a menos que cada uno radique sus opiniones en una misma fuente y consienta recibir un cierto número de creencias ya hechas", lo que efectivamente ocurre por la más sencilla razón: "Si el hombre tuviera la necesidad de probarse a sí mismo todas las verdades de que se sirve diariamente, no acabaría nunca, por cierto; se entretendría en demostraciones previas sin adelantar un paso". Y "como no tiene tiempo, dada la brevedad de la vida, ni facultades, a causa de los límites de su inteligencia, para obrar de este modo, se ve obligado a considerar como ciertos mil hechos y opiniones que no ha tenido el tiempo ni el poder de examinar por sí mismo, pero que otros más capacitados hallaron o que la multitud adopta. Sobre esta base levanta el hombre el edificio de sus ideas propias..."

No es que no haya variedad, o pluralismo de valores e ideas básicas, ni que en efecto deje hoy de haber algún desconcierto en la misma medida en que impera tanto relativismo. Pero, así como en materia epistemológica Michael Polanyi ha demostrado que todo conocimiento explícito tiene su "encaje" en un oscurecido mundo de conocimientos tácitos, el cual es en sí mucho más básico y mucho más vasto, y sin embargo no es tenido en cuenta ni parece ser demasiado explicitable, así también, propongo, lo que preocupa a Germani es como la parte saliente de unos icebergs. No es para tanto, digo, sin que lo desconozcamos. En todo caso, convendrá ver con cuidado y en detalle qué y cuanta discrepancia y concordancia de Anschauungen y valores y creencias básicas tenemos de verdad hoy entre los hombres. Por supuesto, este no es un lugar al efecto, pero dejamos el apunte.

Además, la contemporánea es una sociedad ideológicamente igualitarista y al mismo tiempo una sociedad de masas. De ahí que, sin perjuicio de los demás fenómenos, algunos comitantes, que señala con acierto Germani (p.e., como podríamos llamarlos, de privatización de los ciudadanos y de "mezquinaje" de las personas), tengamos simultánea y compensatoriamente la uniformización de muchos estándares, juicios y prejuicios en la población. También habría que mirar a esto con puntualidad.

Por último, después de conceder que el relativismo contemporáneo fue introducido por el racionalismo*, podemos de todas formas preguntarnos si lo esencialmente característico de la edad contemporánea no es lo segundo más que lo primero, y si un tan acentuado relativismo no ha sido más bien producto y etapa transitoriamente representativos de ese descubrimiento y pasión modernos que son el uso irreprimido de las facultades racionales. Si así fuese, entonces deberíamos ser más optimistas que en el caso opuesto, en tanto pueden esperarse mejores cosas de la vigencia de una disposición más apegada a criterios de racionalidad y argumentos racionales que de un desesperanzado sí que cómodo "relativismo", a estas alturas, ya más o menos apriorístico.

III

El segundo apunte de este comentario va por otro lado, y es que el problema mayor que puede estar planteado un análisis como el de Germani es el que Germani mismo no plantea (ni tiene porqué plantearlo dentro de un tal análisis, visto cuál es su objeto y cometido específico y declarado). Me explicaré.

Alguna vez discutimos acaloradamente con un grupo de colegas empeñados en un trabajo prospectivo, basado en un modelo matemático de la disponibilidad futura de recursos, el hecho de que las posiciones político-programáticas que se exponían parecían presentarse como una consecuencia de los datos y en realidad no se seguían de estos. Por un lado estaban el modelo matemático y los datos, por el otro, y sólo yuxtapuesta a aquellos, una profesión de fe política. Que pudiera haber sequitur o no, era una cuestión pendiente; y articular los datos con el programa político, lo que en todo caso debía intentarse mientras no se enmendaran las declaraciones de los propósitos del proyecto. Mientras tanto, el programa no pasaría de ser de un orden prescriptivo abstracto, sin base en la realidad en cuanto a la viabilidad del mismo.

A la vista del análisis de Germani sobre las condiciones sociales de posibilidad de la democracia, el cuál análisis nos informa de lo largamente negativas que son (en otras palabras, del trabajo de nuestro autor se desprende que las condiciones de posibilidad de la democracia están bastante menos que cumplidas y, tal como viene estructurado el conjunto de factores, difícilmente vayan a cumplirse en las medidas necesarias, sea en Occidente o en otras regiones: el problema es de tipo universal si se lo mira en el plano sociológico estructural), lo que inevitablemente le asalta al lector es la duda sobre el sentido y la procedencia de abogar por un sistema que no se ofrece como viable; independientemente de lo bueno que lo consideremos en un plano teórico-normativo. ¿Perseguiremos lo justo pero impracticable? ¿No deberíamos hacer bien "las cuentas", pensar en alternativas?

* Digo racionalismo en sentido lato, abarcatario, por ejemplo, en filosofía, tanto en los "racionalistas" como de "empiristas" y otros cuantos, todos ejercitantes de la nueva razón alcanzada.

Tal vez en el propio plano en el que se desenvuelve un análisis como el de Germani, sea posible hallar un poco más de aliento; pero no tanto, creo yo, como para variar las preguntas recién hechas, o la preocupación que está detrás. Efectivamente, el establecimiento y el mantenimiento de sistemas democráticos tienen hoy muy muchas dificultades. Por lo menos, no hay dudas acerca de que por una temporada histórica, como mínimo, la democracia se las verá negras en la mayor parte del planeta, ni que en lado alguno estará exenta de fallas y zozobras muy serias. Todo, en buena parte, exactamente por las razones que da Germani, digo en su conjunto (algunas me parecen más decisivas que otras, pero no quiero desviarme del comentario que me propuse). Más adelante, chi lo sá.

Así las cosas ¿qué?

Yo encuentro que todavía hay adecuados y decisivos argumentos como para insistir en la abogacía de esta causa al parecer medio perdida que es la democracia.

Y no me refiero a los argumentos tradicionales sino a unos que valen, creo, en la propia situación que atravesamos. Sucintamente: si no el gobierno de las mayorías (no idealicemos las cosas), la democracia es el sistema más de acuerdo con la voluntad y los derechos de las mayorías. Y es el caso que las mayorías precisamente, siguen necesitando que el estado de cosas cambie de modo que por fin puedan acceder a condiciones dignas y suficientes de vida. Será haciendo valer su voluntad ante los gobiernos y las instituciones, en esa medida que es más grande y más continua bajo un orden democrático, que el conjunto principal de un pueblo y de cada pueblo podrá obtener la mayor satisfacción posible, relativamente, a sus demandas. Esto, desde luego, no quita las dificultades expuestas en un análisis como el de Germani, pero sí es un argumento adecuado para considerar que la democracia no debe canjearse por otras alternativas que puedan parecer más ajustadas a la existencia de los factores negativos.

Ningún balance o apreciación realista, consciente, de la verdadera posibilidad de la democracia, en modo alguno ha de arrastrarnos a hacer las paces con un estado de cosas que tanto puede recriminarse en la mayor parte del mundo. En otras palabras, no debe, casi inadvertidamente, complicarnos con esa desaprensión y parsimonia, tan típicas en tantos sectores, frente a la miseria, la explotación, la desigualdad de derechos y oportunidades, el abuso de millones de personas libradas a una suerte maldita; desaprensión y parsimonia que son, entre intelectuales, producto de un sobrerazonamiento, algo así como una alienación educada. El destino de esos millones debe cambiar, y la democracia, parece, todavía es el sistema político más conducente a ello, a menos que pensemos en alternativas más dramáticas (pero cuyas "cuentas" conviene hacer completas para no engañarnos).

En ese mismo orden de cosas, y en relación, no puede perderse de vista, aún concediendo que unos cuantos y graves problemas y dificultades son de tipo universal e intrínsecos a los mecanismos de la organización política y social de la sociedad contemporánea, que otros aspectos, menos universales quizá y tal vez más contingentes*, les están superpuestos y deben de todos modos ser atacados: en los países de menor desarrollo hay prioridades que no son "las universales", problemas agudos por resolver que no pueden esperar a una historia sin contradicciones o a teorizaciones conclusas.

Debe verse también, a propósito de eso último, que en todo caso ninguna política llega a su término, tiene realización final, así como ninguna teoría política está exenta de lagunas, déficits, tensiones. Todas se desenvuelven a través de procesos incompletos, contradictorios, a veces oscuros, abiertas a su propio y muchas veces inesperado curso y a los flujos y reflujos, creando y recreando problemas y soluciones, soluciones y problemas. El que la democracia no pueda dar perfecta cuenta de sus objetivos sociales y políticos, y ni siquiera de sus dificultades propias, no es, a la luz de lo dicho, como para desesperar de la misma. La historia es siempre más rica que esquemas y propósitos y provisiones y es con ella que hay que trabajar, con ella y unos principios básicos de acción. La historia es continua, la política es continua, y es mucho menos que del todo previsible y planificable, para bien y para mal. En otras palabras, la democracia es suficientemente justa como para intentarla e ir resolviéndola sobre la marcha. No es todo, pero es suficiente (o, como decía el refrán favorito de mi abuela, "lo perfecto es enemigo de lo bueno").

Sumemos a todo esto algo más, aunque de distinta naturaleza: habida cuenta de la necesidad de una transformación, y dificultades de la política democrática aparte, la idea democrática puede y debe operar con el mito movilizador de los proyectos de cambio. No se trata de engañar ni de engañarnos en cuanto al éxito o las limitaciones de la vía democrática, sino de ver que las banderas democráticas pueden forzar un decurso de las cosas en la dirección necesaria -lo que empalma con lo que vinimos diciendo. Así, pues, tan preñada de tensiones como esta la práctica (y de "nudos" como está la teoría) democrática, sin embargo puede ser el grito de acción capaz de introducir una condición mejor de las mayorías, por no hablar de sus demás realizaciones posibles*. Desde luego, el análisis sociológico y un cierto "sentido" históricamente informado servirán para alentarnos sobre las utopías ingenuas, los esquematismos ideológicos o racionalistas y algunos resultados desastrosos, porque sin esa clase de análisis y de "sentido" no nos esperarían sino los errores y las desilusiones más tremendas; pero no tienen que servir para disuadirnos de la voluntad y la esperanza de un

* En el sentido de no intrínsecas al sistema dado sino propias de organizaciones alternativas posibles de la sociedad. Una organización alternativa-posible, aún si está establecida, es entonces contingente, o no necesaria.

* Repito aquí que he dejado de lado los argumentos tradicionales en pro de la democracia, de ahí que en ningún caso haga referencia a ellos, aunque los argumentos dados a veces están como convocando a su mención.

mundo mejor. Y su posibilidad depende de una movilización de las mayorías detrás de una idea que, además, es en sí justa.